

Cristianismo  
y Economía  
de Mercado



JEROME K. JEROME

# La nueva utopía



JEROME K. JEROME

# LA NUEVA UTOPIÍA

Traducción de Jaime González-Torres Domingo



*Unión Editorial*



CENTRO DIEGO  
DE COVARRUBIAS

THINK!

© 2018 UNIÓN EDITORIAL, S.A.  
c/ Nicaragua, 17 – local • 28016 Madrid  
Tel.: 91 350 02 28  
Correo: [editorial@unioneditorial.net](mailto:editorial@unioneditorial.net)  
[www.unioneditorial.es](http://www.unioneditorial.es)

© 2018 Centro Diego de Covarrubias  
Correo: [info@centrocovarrubias.org](mailto:info@centrocovarrubias.org)  
[www.centrocovarrubias.org](http://www.centrocovarrubias.org)

Compuesto e impreso por JPM Graphic, S.L.  
Impreso en España • *Printed in Spain*

## PEQUEÑAS GRANDES OBRAS

EL Centro Diego de Covarrubias está empeñado en diseminar textos que presenten las realidades, logros y propuestas del Cristianismo y el Liberalismo, en su histórica función vertebradora de la vida social. Va en nuestra condición y en ello estamos. Y lo estamos tanto más cuanto mayor sea la injerencia del Estado en la vida de personas y empresas en una sociedad cada vez más acosada por administraciones superpuestas y grupos de presión que persiguen ahorrar las libertades a sus preferencias. Es lo suyo y es lo nuestro. De ahí la propia existencia de la Colección Cristianismo y Economía de mercado, ya bien conocida.

En esa línea de defensa de la libertad, hemos pensado en traer a la palestra una nueva línea de publicaciones. Se trata de recoger algunas cortas manifestaciones que, por su poca longitud, se ven marginadas de los textos formales al uso, pero que por su enjundia e interés conviene sean presentadas como se merecen. Son artículos de una cierta longitud, transcripciones de discursos y conferencias, prólogos de obras de terceros, resúmenes de textos fundamentales pero difíciles, reseñas de otras obras de mucha mayor extensión... No importa su origen o formato inicial, su factor común es la calidad, la trascendencia y el impacto que las acompaña.

Queremos que esas manifestaciones próximas al conjunto de ideas que nos son propias sean elevadas al rango de lo impercedero. Y la mejor forma de hacerlo, a nuestro juicio,

es publicándolas en forma de librito, opúsculo, cuaderno, panfleto o comoquiera prefiramos llamar a nuestra iniciativa. Así, estas breves obras, algunas de las cuales merecen ser calificadas de maestras, permanecerán más fácilmente entre nosotros y llegarán a más lectores. De otra forma, su alcance sería menor y perderíamos mimbres de nuestro acervo cultural.

Esperamos y deseamos que la lectura de estos pequeños libros os sea satisfactoria y deje en vuestra memoria el poso de conocimiento que por su valor se han ganado. Así sea.

*Centro Diego de Covarrubias*



# Presentación

EL Centro Diego de Covarrubias presenta, con esta publicación, un relato breve de 1891 del escritor inglés Jerome Klapka Jerome, escrito en clave de humor. Se hace en él una caricatura mordaz del Socialismo Utópico tan de moda entonces en Gran Bretaña.

Lo malo es que, transcurrido un siglo largo, algunos rasgos del objeto de esta crítica se manifiestan cada vez con más fuerza en nuestra sociedad como, por ejemplo, en la creciente capacidad de control de los estados sobre nuestra libertad personal, con la Unión Europea como paradigma.

Todo es reflejo de esa infección de P.U.S. (Pensamiento Único Socialdemócrata ) de centro-izquierda que nos invade representado en la Nación Española por partidos políticos como PP hoy día o en el pasado por el PSOE de González (travestido desde el resentimiento de Rodríguez y el de Sánchez en izquierda extremista).

Y ese totalitarismo camuflado del PUS se manifiesta en leyes como la del Odio Histórico, en la de igualdad de género o en la liberticida ideología LGTBi.

La sociedad está renunciando progresiva e irreflexivamente a su libertad en aras de un supuesta seguridad ,como en la granja de Orwell, y trasvasa cada vez más poder a ese Ogro sedicentemente filantrópico que es el Estado Leviatán.

De la igualdad ante la ley se avanza paulatinamente a la igualdad mediante la ley, al expolio de la creación de riqueza, al nuevo dios de la sostenibilidad, a la “pachamama” o a la idolatría ecológica alentada desde altas instancias religiosas...

En este relato satírico titulado *La Nueva Utopía* se habla de lo ocurrido en un período de tres mil años. Mucho me temo que, si los liberales no lo remedian, ese período va a ser muchísimo más breve.

Espero que disfruten con su lectura.

*José-Ramón Ferrandis Muñoz*

Madrid, junio 2018

HABÍA pasado una velada extremadamente interesante, cenando con algunos amigos de ideas muy “avanzadas” en el Club Socialista Nacional. Tuvimos una cena excelente: el faisán trufado fue un poema y cuando digo que el Château Lafitte del 49 merecía el precio que tuvimos que pagar por él, ya no sé qué más puedo añadir a su favor.

Después de la cena y mientras fumábamos unos puros (tengo que decir que en el Club Socialista Nacional saben cómo guardar buenos puros), tuvimos una discusión muy instructiva acerca de la igualdad de los hombres por venir y la nacionalización del capital.

No fui capaz de aportar gran cosa en la discusión, porque, habiendo quedado cuando era un muchacho en una posición que hacía necesario que me ganase la vida, nunca había disfrutado del tiempo y la oportunidad de estudiar estas cuestiones.

Pero escuché con mucha atención mientras mis amigos me explicaban cómo, durante los miles de siglos en que había existido el mundo antes de que ellos llegasen, todo había ido mal y cómo iban ellos a arreglarlo, más o menos, en el curso de los próximos años.

La igualdad de toda la humanidad era su consigna –igualdad perfecta en todo–, igualdad en posesiones e igualdad en posición e influencia, e igualdad en los deberes, lo que daría como resultado la igualdad en la felicidad y la satisfacción.

El mundo pertenecía a todos por igual y tenía que estar igualmente dividido. El trabajo de cada hombre no era propiedad de él, sino del Estado, que lo alimentaba y vestía; y

tenía que ser aplicado, no para su propio engrandecimiento, sino para el enriquecimiento de la raza.

La riqueza individual –la cadena social con la que unos pocos habían atado a muchos, la pistola del bandido con la que había robado una pequeña banda de ladrones– tiene que ser arrebatada de las manos en las que ha estado durante demasiado tiempo.

Las distinciones sociales –las barreras por las que la marea creciente de la humanidad ha sido hasta ahora contenida y frenada– debían ser barridas de una vez por todas. La raza humana tenía que avanzar hacia su destino (sea cual fuere este), no como en el presente, horda dispersa en la que cada hombre pelea por sí mismo sobre el terreno accidentado de una desigual cuna y fortuna –reservado el suave césped para los pies de los mimados por la fortuna y las crueles piedras para los pies de los malditos–, sino como un ejército ordenado, marchando codo con codo sobre la llanura de la equidad y la igualdad.

El gran pecho de nuestra madre tierra debe alimentar a todos sus hijos por igual; nadie debe estar hambriento y nadie debe tener demasiado. El hombre fuerte no debe tomar más que el débil; el hombre listo no debe pensar en conseguir más que el simple. La tierra y su plenitud eran del hombre y debía ser repartida entre toda la humanidad a partes iguales. Todos los hombres serían iguales por las leyes del hombre.

Con la desigualdad viene la miseria, el crimen, el pecado, el egoísmo, la arrogancia y la hipocresía. En un mundo en el que todos los hombres fuesen iguales no nos tentaría el mal y se afirmarían nuestra natural nobleza.

Cuando todos los hombres fuesen iguales, el mundo sería el Paraíso –libre del degradante despotismo de Dios.

Levantamos nuestros vasos y bebimos por la IGUALDAD, sagrada IGUALDAD y después le pedimos al camarero que nos trajese Chartreuse verde y más puros.

Me fui a casa sumido en mis pensamientos y tardé en dormirme; me quedé despierto, pensando en esta visión del nuevo mundo que me habían expuesto.

¡Qué deliciosa sería la vida si se pudiese llevar a cabo el programa de mis amigos socialistas. Dejaría de haber esta lucha y competencia entre todos y contra todos, ya no habría celos, desilusiones, ni miedo a la pobreza! El Estado se haría cargo de nosotros desde la hora en la que naciésemos hasta que muriésemos y satisfaría todas nuestras necesidades desde la cuna hasta la tumba, ambas incluidas, y ni siquiera tendríamos que pensar en ello. Ya no habría trabajos duros (de acuerdo con nuestros cálculos, el Estado solo exigiría a todos los ciudadanos adultos tres horas de trabajo al día y a nadie se le permitiría hacer más– a mí no se me permitiría hacer más) –no habría pobres a los que compadecer ni ricos a los que envidiar–, nadie nos miraría de arriba abajo y ninguno de nosotros tendríamos que mirar de arriba abajo (esta última reflexión no es tan agradable), –toda nuestra vida estaría ordenada y organizada– y no tendríamos nada en que pensar, excepto en el glorioso destino (sea cual fuere) de la humanidad.

Luego mis pensamientos se hicieron cada vez más confusos y me quedé dormido.

\* \* \*

Cuando me desperté, me encontraba dentro de una caja de cristal en una sala alta y desangelada. Por encima de mi cabeza había un letrero; me volví y lo leí. Rezaba así:

ESTE HOMBRE FUE ENCONTRADO DORMIDO EN UNA CASA EN LONDRES DESPUÉS DE LA GRAN REVOLUCIÓN SOCIAL DE 1899. SEGÚN RELATÓ SU CASERA, CUANDO FUE ENCONTRADO YA HABÍA ESTADO DORMIDO DURANTE MÁS DE DIEZ AÑOS (ELLA HABÍA OLVIDADO DESPERTARLE). POR RAZONES CIENTÍFICAS SE DECIDIÓ NO DESPERTARLO Y, EN SU LUGAR, VER POR CUÁNTO TIEMPO SEGUIRÍA DORMIDO, POR LO QUE SE LO TRAJÓ Y DEPOSITÓ EN EL “MUSEO DE CURIOSIDADES” EL 11 DE FEBRERO DE 1900.

Se ruega a los visitantes no verter agua a través de los agujeros que le permiten respirar.

Un caballero de aspecto inteligente, que aparentaba alguna edad y que había estado colocando unos lagartos de peluche en una caja cercana, vino y levantó la tapa de mi caja.

“¿Qué ocurre?”, preguntó. “¿Algo le ha perturbado?”

“No”, dije; “Siempre me despierto así, cuando pienso que ya he dormido bastante. ¿En qué siglo estamos?”

“Estamos”, dijo, “en el siglo XXIX, ha estado usted durmiendo justamente mil años”.

“¡Ah!, bien, mejor que mejor”, contesté bajándome de la mesa. “No hay nada como haber dormido a gusto”.

“Pues supongo que va a hacer usted lo normal”, me dijo el caballero de edad, mientras me ponía mi ropa, que había estado a mi lado en la caja. “¿Querrá que me dé una vuelta con usted por la ciudad, mientras le explico todos los cambios y usted hace preguntas y observaciones tontas?”

“Sí”, contesté, “supongo que es lo que tengo que hacer”.

“Lo supongo”, murmuró. “Venga usted y hagámoslo de una vez”, y me guió hacia la salida de la sala.

Cuando bajábamos las escaleras, dije: “¿Está ahora todo en orden?”. “¿Qué tiene que estar en orden?”, contestó.

“El mundo”, contesté. “Unos amigos míos se estaban preparando, justo antes de que me fuese a la cama, para desmontarlo y volverlo a montar adecuadamente. ¿Ya lo han conseguido ahora?, ¿todos son ahora iguales y se ha acabado el pecado y la pena y todas esas cosas?”

“¡Oh, sí!”, replicó mi guía: “Verá que ahora está todo en orden. Mientras usted dormía, nos hemos ocupado a fondo de las cosas y ahora acabamos de hacer que esta tierra sea más o menos perfecta, diría yo. A nadie se le permite hacer nada equivocado o tonto, y en lo que respecta a la igualdad, somos más iguales que gotas de agua”.

(Habla de una manera bastante vulgar, pensé; pero no quise reprenderle).

Salimos a la ciudad. Todo estaba limpio y muy tranquilo. Las calles, que estaban denominadas por números, salían unas de otras en ángulos rectos y todas presentaban exactamente la misma apariencia. No había caballos ni carruajes; todo el tráfico transcurría por coches eléctricos. Toda la gente que encontramos tenía una expresión grave y tranquila y eran muy parecidos entre sí, de forma que le daban a uno la idea de que eran todos miembros de la misma familia. Todos estaban vestidos, al igual que mi guía, con pantalones grises y una túnica gris estrechamente abotonada alrededor del cuello y sujeta al talle por un cinturón. Todos los hombres estaban pulcramente afeitados y tenían pelo negro.

“¿Son todos los hombres gemelos?”

“¡Gemelos!, ino, por Dios!”, contestó mi guía. “¿Qué le ha hecho pensarlo?”

“¿Por qué?, ¿son todos tan parecidos!”, contesté; “¡y todos tienen el pelo negro!”

“Oh; esta es la regulación referente al color del pelo”, explicó mi acompañante: “todos tenemos el pelo negro y si el color natural del pelo de un hombre no es negro, tiene que teñírselo”.

“¿Por qué?”, pregunté.

“¡Por qué!”, replicó el caballero mayor algo irritado. “¿Por qué? Pensé que usted había entendido que todos los hombres ahora eran iguales. ¿Qué pasaría con nuestra igualdad si se permitiese a un hombre o a una mujer pavonearse con su pelo dorado, mientras otro tuviese que conformarse con ser pelirrojo como una zanahoria? En estos días felices, los hombres no tienen solamente que ser iguales, sino que también tienen que parecerlo tanto como sea posible. Al hacer que todos los hombres estén limpiamente afeitados y que todas las mujeres tengan pelo negro cortado de la misma forma, superamos, en cierta manera, los errores de la NATURALEZA”.

Yo dije, “¿por qué negro?”.

Dijo que no sabía, pero que ese era el color que se había decidido.

“¿Por quién?”, pregunté.

“Por LA MAYORÍA”, replicó, levantando su sombrero y bajando sus ojos como en una oración.

Seguimos caminando y vimos más hombres. Yo dije:

“¿No hay mujeres en esta ciudad?”

“¡Mujeres!”, exclamó mi guía. “¡Evidentemente las hay, hemos visto centenares de ellas al pasar!”.

“Creía que podía reconocer a una mujer cuando la veía”, observé; “pero no me acuerdo de haber visto ninguna”.

“¿Por qué?, ahí pasan ahora dos”, dijo, señalándome una pareja de personas junto a nosotros, ambas vestidas en los reglamentarios pantalones y túnicas grises.

“¿Cómo sabe usted que son mujeres?”, pregunté.

“¿Por qué, ve usted los números de metal que llevan todos en su cuello?”

“¡Sí, estaba pensando cuántos policías tenían ustedes y me preguntaba dónde estaban los demás!”

“Bien, los números pares son mujeres y los impares hombres”.



“¡Qué sencillo!”, señaló. “¿Supongo que después de un poco de práctica, con solo un vistazo se puede distinguir un sexo de otro?”

“¡Oh, sí!”, contestó, “si usted lo quiere”. Caminamos en silencio durante un rato y luego dije: “¿Por qué todos tienen un número?”

“Para distinguirlos por su número”, contestó mi acompañante. “Entonces, ¿la gente no tiene nombres?” “No”. “¿Por qué?”

“¡Oh, los nombres daban lugar a tanta desigualdad! Alguna gente se llamaba Montmorency y miraban despectivamente a los Smith; y los Smyth no querían mezclarse con los Jones; de forma que, para ahorrarnos problemas, se decidió abolir los nombres por completo y darle a todo el mundo un número”.

“¿Se opusieron a ello los Montmorency y los Smyth?”

“Sí, pero los Smith y los Jones estaban en MAYORÍA”

“¿Y no despreciaban los Unos y los Doses a los Treses y a los Cuatros y así sucesivamente?”

“Al principio sí, pero con la abolición de la riqueza los números perdieron su valor, excepto a efectos industriales y para los dobles acrósticos, y ahora el número 100 no se considera en absoluto superior al número 1.000.000”

Como no había baños en el museo, yo no me había lavado al levantarme y empezaba a sentirme algo incómodo y sucio, por lo que dije:

“¿Me puedo lavar en algún sitio?”

Me contestó:

“No, no podemos lavarnos. Tiene usted que esperar hasta las cuatro y media y entonces lo lavarán para la hora del té”.

“¿Me lavarán?”, grité. “¿Quién me lavará?”

“El Estado”

Me dijo que habían llegado a la conclusión de que no podían mantener su igualdad si se permitía a la gente lavarse a sí misma. Algunos se lavaban tres o cuatro veces al día,

mientras que otros nunca tocaban el jabón y el agua desde un fin de año hasta el siguiente. Y, en consecuencia, llegaba a haber dos clases diferentes, los Limpios y los Sucios, y así comenzaban a revivir los viejos prejuicios de clase. Los limpios despreciaban a los sucios y los sucios odiaban a los limpios, por lo que, para terminar con las disensiones, el Estado decidió hacer el lavado él mismo y ahora unos funcionarios nombrados por el gobierno lavaban a cada ciudadano dos veces al día y estaba prohibido el lavado privado.

Observé, al seguir caminando, que no pasábamos por casas, sino por un bloque tras otro de enormes edificios que parecían cuarteles, todos del mismo tamaño y forma. De vez en cuando, en una esquina, pasábamos por un edificio más pequeño identificado como “Museo”, “Hospital”, “Sala de debates”, “Baño”, “Instituto”, “Academia de ciencias”, “Exposición de Industrias”, “Escuela de oratoria”, etc. etc.; pero nunca por una casa.

Yo dije:

“¿Vive alguien en esta ciudad?”

Dijo

“Le juro que usted hace preguntas tontas, ¿dónde piensa usted que viven?”

Yo dije:

“Esto es lo que estoy intentando averiguar. ¡No veo por ningún sitio casas!”

Él dijo:

“No necesitamos casas –en todo caso, no necesitamos casas como en las que usted está pensando. Ahora somos socialistas; vivimos juntos en fraternidad e igualdad. Vivimos en estos bloques que ve usted. En cada bloque viven mil ciudadanos.

Cada bloque contiene mil camas –cien camas en cada habitación– y baños y vestuarios en proporción, un comedor y cocinas. A las siete de cada mañana suena un timbre y todos se levantan y hacen su cama. A las siete y media van

a los vestuarios y son lavados y afeitados y peinados. A las ocho se sirve el desayuno en el comedor, que está compuesto por una pinta de gachas de harina de avena y media pinta de leche caliente para cada ciudadano adulto. Ahora somos todos estrictos vegetarianos. El voto vegetariano creció enormemente durante el último siglo, y al ser su organización perfecta, han podido ganar todas las elecciones en los últimos cincuenta años. A la una, suena otro timbre y la gente vuelve para la comida, que consiste en judías y compota de frutas con un bizcocho enrollado dos veces por semana y un pudín de ciruela los sábados. A las cinco se sirve el té y a las diez se apagan las luces y todos se van a la cama. Todos somos iguales y todos vivimos de la misma forma –empleados y basureros, caldereros y farmacéuticos, todos juntos en fraternidad y libertad. Los hombres viven en bloques a este lado de la ciudad y las mujeres al otro lado de la ciudad”.

“¿Y dónde vive la gente casada?”, pregunté.

“¡Oh!, no hay gente casada”, contestó; “abolimos el matrimonio hace doscientos años. Ya ve usted, la vida de casados no funcionaba nada bien dentro de nuestro sistema. Llegamos a la conclusión de que la vida doméstica era totalmente antisocialista en sus tendencias. Los maridos se preocupaban más por sus mujeres y familias que por el Estado y deseaban trabajar en beneficio de su pequeño círculo de personas amadas y no por el bien de la comunidad. Se preocupaban más por el futuro de sus hijos que por el Destino de la Humanidad. Los lazos de amor y sangre unían a los hombres en pequeños grupos en lugar de hacerlo en el conjunto. Antes de considerar el progreso de la raza humana, los hombres consideraban el progreso de sus allegados. Antes que luchar por la mayor felicidad del mayor número, los hombres lo hacían por la felicidad de sus seres queridos. En secreto, los hombres y mujeres atesoraban y trabajaban y se negaban a sí mismos para, en secreto, dar una pequeña alegría a las personas amadas. El amor impulsaba el vicio de la ambición

en los corazones de los hombres. Para ganar las sonrisas de las mujeres que amaban, para legar un nombre del que pudiesen estar orgullosos sus hijos, los hombres trataban de levantarse por encima del nivel general, llevar a cabo alguna hazaña que hiciese que el mundo los contemplase y los honrase por encima de sus congéneres, dejar una huella más profunda que la de otros en el polvoriento camino del tiempo. Los principios fundamentales del Socialismo estaban siendo frustrados y despreciados. Todo hogar era un centro revolucionario para la propagación del individualismo y la personalidad. Desde la calidez de cada corazón doméstico crecían las víboras, Camaradería e Independencia, para picar al Estado y envenenar las mentes de los hombres”.

“Se disentía abiertamente de las doctrinas de la Igualdad. Cuando los hombres amaban a una mujer, pensaban que era superior a cualquier otra y apenas se esforzaban en disimular su opinión. Las esposas amantes creían que sus maridos eran más sabios, bravos y mejores que todos los demás. Las madres se reían de que sus hijos no fuesen a ser superiores a los otros niños. Los niños se embebían con la odiosa herejía de que su padre y madre fueran el mejor padre y la mejor madre del mundo”.

“Desde cualquier punto de vista que se lo contemplase, la Familia se erguía como nuestro enemigo. Un hombre tenía una mujer encantadora y dos hijos de buen carácter, mientras que su vecino estaba casado con una arpía y era el padre de once ruidosos y maleducados mocosos –¿dónde estaba ahí la igualdad?”

“De nuevo, allí donde existiera la Familia, revoloteaban en perpetua lucha los ángeles del Gozo y el Pesar, y en un mundo donde se conoce el gozo y el pesar no puede vivir la Igualdad. Un hombre y una mujer, por la noche estaban llorando junto a una pequeña cuna. Al otro lado del tabique una pareja joven, cogida de la mano, estaba riendo al con-

templar el ridículo gorjeo de un gracioso bebé. ¿Qué hacía ahí la pobre Igualdad?”

“No podían permitirse tales cosas. Vimos que el amor era nuestro enemigo en todas partes y que hacía imposible la igualdad.

Traía consigo en su tren, gozo, dolor, paz y sufrimiento. Perturbaba las creencias de los hombres y ponía en peligro el Destino de la Humanidad, de forma que lo abolimos, así como a todas sus obras.

Ahora ya no hay matrimonios y, por tanto, tampoco hay problemas domésticos y, en consecuencia, tampoco hay cortejo, ni quebraderos de cabeza, ni amor y, por tanto, ni pesar, ni besos, ni lágrimas.

Todos vivimos juntos en igualdad, libres de las turbaciones del gozo y el dolor”.

Yo dije:

“Tiene que haber mucha paz, pero, dígame –formulo la pregunta meramente desde un punto de vista científico– cómo mantienen la oferta de hombres y mujeres?”

Él dijo:

“¡Oh!, esto es muy simple. ¿En sus días, cómo mantenían la oferta de caballos y vacas? En primavera, se preparan tantos niños como requiera el Estado, y se los cría cuidadosamente bajo supervisión médica. Cuando nacen, se los quita a sus madres (¿quiénes, en otro caso, podrían llegar a amarlos?) y se los educa en las guarderías y escuelas públicas hasta que cumplen los catorce años. Entonces, los examinan unos inspectores nombrados por el Estado, que deciden para qué vocación hay que educarlos y luego se les enseña de acuerdo con esa vocación. Cuando cumplen los veinte años pasan a ser ciudadanos y tienen el derecho de voto. No se hace ninguna clase de diferencia entre hombres y mujeres, ambos sexos disfrutan de iguales privilegios”.

Yo dije:

“¿Cuales son los privilegios?”

Él dijo:

“¿Cuáles?, todos los que le he estado relatando”.

Seguimos caminando unas cuantas millas más, pero, calle tras calle, solo pasábamos junto a esos enormes bloques. Yo dije:

“¿No hay tiendas, ni almacenes, en esta ciudad?”

“No”, replicó. “¿Para qué hacen falta tiendas y almacenes?”

El Estado nos alimenta, nos proporciona ropa, nos aloja, nos cuida, nos lava y nos viste, nos cuida con esmero y nos entierra. ¿Para qué nos servirían las tiendas?”

Comencé a sentirme cansado por la caminata. Le dije:

“¿Podemos ir a algún sitio a beber algo? Él dijo:

“¡A tomar una ‘bebida’! ¿Qué es una ‘bebida’? Hemos tomado media pinta de cacao con nuestra comida. ¿Se refiere usted a eso?”

No me sentí capaz de explicárselo y, evidentemente, si lo hubiese hecho, no me habría entendido; de forma que dije:

“Sí, es lo que quería decir”.

Un poco más adelante pasamos junto a un hombre de muy buen aspecto y me di cuenta de que solo tenía un brazo. Había visto dos o tres hombres más bien de gran tamaño con solo un brazo en el curso de la mañana y eso despertó mi curiosidad. Se lo señalé a mi guía.

Él dijo:

“Sí, cuando un hombre está muy por encima de la talla y fortaleza media, le cortamos una de sus piernas o brazos para hacer las cosas más iguales, lo podemos un poco, por decirlo así. Como ve, la naturaleza va un poco por detrás de los tiempos, pero hacemos lo que podemos para corregirla”.

Yo dije:

“¿Supongo que no pueden abolir la Naturaleza?”

“Bien, no del todo”, replicó. “Queríamos poder hacerlo, pero”, añadió después con disculpable orgullo, “lo hemos hecho en buena medida”.

Yo dije:

“¿Y qué pasa con un hombre excepcionalmente listo?, ¿qué hacen con él?”

“Bien, ahora no tenemos muchos problemas con ellos”, contestó. “Desde hace bastante tiempo no nos hemos encontrado con nada peligroso en forma de grandes cerebros. Cuando encontramos uno, realizamos una operación quirúrgica en su cabeza, lo que reduce su cerebro hasta el nivel medio”.

“A veces he pensado”, musitó el caballero de edad, “que era una pena que a veces no pudiésemos subir el nivel en lugar de bajarlo constantemente, pero, evidentemente, eso es imposible”.

Yo dije:

“¿Piensa que está bien podar a esa gente y reducirlos de esa forma?”

Él dijo:

“Evidentemente, está bien”

“Parece estar completamente seguro en este tema”, repliqué, “¿por qué está ‘evidentemente’ bien?”.

“Porque lo ha decidido LA MAYORÍA”

“¿Y por qué eso hace que esté bien?, pregunté.

“UNA MAYORÍA no puede equivocarse”, contestó.

“¡Oh!, ¿eso es lo que piensa la gente que ha sido podada?”

“¡Ellos!”, contestó, evidentemente sorprendido por la pregunta. “¡Oh!, son la minoría, ya sabe”.

“Sí, pero incluso la minoría tiene derecho a sus brazos, piernas y cabezas, ¿o no?”

“Una minoría NO tiene derechos”, contestó.

Yo dije:

“Lo que hay que hacer es pertenecer a la Mayoría, si se piensa en vivir aquí. ¿O no?”

Él dijo:

“Sí, la mayor parte de nuestra gente piensa así. Parecen pensar que es más conveniente”.

Empecé a pensar que la ciudad no tenía mucho interés y le pregunté si no podríamos ir al campo, para variar.

Mi guía dijo:

“¡Oh, sí!, ciertamente, pero no pensaba que tuviese mucho interés”.

“¡Oh, pero el campo solía ser tan bonito!”, insistí, “antes de que me fuese a la cama había grandes árboles verdes, y prados con hierba agitada por el viento, y pequeñas casitas de tejados rosas, y...”

“¡Oh!, hemos cambiado todo eso”, interrumpió el señor. “Ahora todo son grandes huertos divididos por carreteras y canales que se cortan en ángulo recto. Ahora no hay ningún tipo de belleza en el campo. Hemos abolido la belleza, se interfería con nuestra igualdad. No era equitativo que algunos viviesen entre adorables paisajes y otros en páramos estériles, de forma que hemos hecho que ahora en todas partes todo sea semejante y ningún lugar pueda destacar sobre otro”.

“¿Puede un hombre emigrar a algún otro país?”, pregunté, “no importa qué país –cualquier otro país valdría”.

“¡Oh, sí!, si así lo quiere”, replicó mi acompañante, “¿pero por qué debería hacerlo?, todos los países son exactamente lo mismo. Todo el mundo es ahora un pueblo –un idioma, una ley, una vida”.

“Si ahora no hay variedad ni cambio en ningún sitio”, pregunté, “¿qué se hace por placer, para divertirse?, ¿hay teatros?”

“No”, respondió mi guía. “Tuvimos que abolir los teatros. El temperamento histriónico parecía totalmente incapaz de aceptar los principios de igualdad. Cada actor creía que era el mejor actor del mundo y, de hecho, superior a la mayor parte de la gente. ¿No sé si era lo mismo en sus días?”.

“Exactamente lo mismo”, contesté, “pero no lo tomábamos en cuenta”.

“¡Ah!, pero nosotros sí”, replicó, “y, en consecuencia, cerramos los teatros. Por otra parte, nuestra Sociedad de Vigilancia del Lazo Blanco dijo que todos los lugares de diversión eran viciosos y degradantes; y siendo un grupo enérgico y



obstinado que no cejaba en su empeño, pronto consiguieron ganar a LA MAYORÍA para sus puntos de vista, por lo que ahora están prohibidas todas las diversiones”.

Yo dije: “¿Está permitido leer libros?”

“Bien”, contestó, “no se escriben muchos. Vea usted, debido a que ahora todos vivimos vidas tan perfectas, y no habiendo injusticias ni pesar, o alegría, o esperanza, o amor, o sufrimiento, en el mundo, y siendo todo tan regular y apropiado, realmente no hay mucho de lo que escribir, excepto, evidentemente, del Destino de la Humanidad”.

“¡Cierto!, dije, “ya veo, pero ¿qué pasa con las obras antiguas y los clásicos? Tenían a Shakespeare y Scott y Thackeray, y había dos o tres pequeñas cosas más que no eran tan malas. ¿Qué han hecho con todas ellas?”

“¡Oh!, hemos quemado todas esas obras antiguas”, dijo. “Estaban llenas de viejas y erróneas nociones de los viejos y erróneos y malvados tiempos, cuando los hombres eran solamente esclavos y bestias de carga”.

Él dijo que, de la misma forma, se habían destruido los viejos cuadros y esculturas, en parte por la misma razón y en parte porque la Sociedad de Vigilancia del Lazo Blanco los había considerado inadecuados. Esta Sociedad tenía ahora un gran poder, de modo que ahora estaba prohibido todo el nuevo arte y literatura, ya que estas cosas tendían a minar los principios de igualdad y hacían que los hombres pensasen, de forma que los hombres que pensaban se hacían más listos que los que no querían pensar, por lo que los que no querían pensar era natural que se opusiesen a esto; y como eran LA MAYORÍA, esta también se oponía.

Él dijo que, a partir de similares consideraciones, no se permitían deportes o juegos. Los deportes y juegos daban lugar a competencia y la competencia daba lugar a la desigualdad.

Yo dije:

“¿Cuánto trabajan los ciudadanos cada día?”

“Tres horas”, contestó; “después de ellas, el resto del día nos pertenece”.

“¡Ah!, justamente ahí quería ir yo a parar”, señalé. “¿Qué hacen ahora durante estas otras veintiuna horas?”

“¡Oh!, descansamos”. “¿De qué descansan durante todas esas veintiuna horas?”, “Bien, descansamos, y pensamos y charlamos”. “¿Y sobre qué piensan y de qué charlan?”

“¡Oh!, ¡Oh!, acerca de lo malvada que ha tenido que ser la vida en los viejos tiempos y acerca de lo felices que somos ahora y –y– o del Destino de la Humanidad!”

“¿Y no terminan hartándose del Destino de la Humanidad?”

“No, no mucho”.

“¿Y cómo entienden el Destino de la Humanidad?, ¿qué piensan que es el Destino de la Humanidad?”

“¡Oh!, seguir siendo como somos ahora, solo que más aún, todos más iguales y que más cosas las haga la electricidad y que todos tengan dos votos en lugar de uno, y...”.

“Muchas gracias. Con esto basta. ¿Hay algo más en lo que piensen?, ¿Tienen una religión?”

“¡Oh, sí!”

“¿Y adoran ustedes a algún Dios?”

“¡Oh, sí!”

“¿Cómo lo llaman?”

“LA MAYORÍA”

“Una pregunta más: ¿por cierto, no le importa que le haga todas estas preguntas?”

“¡Oh, no! Todo esto es parte de mis tres horas de trabajo para el Estado”.

“¡Oh, me alegro! No me gustaría pensar que estaba interfiriéndome con su tiempo de descanso; pero lo que quería preguntar era ¿se suicida aquí mucha gente?”

“No; esto nunca se les pasa por la cabeza”.

Yo miraba las caras de los hombres y mujeres que pasaban. Todos ellos tenían una expresión paciente casi patética

y me preguntaba dónde había visto esta expresión antes; me parecía familiar.

De repente caí en la cuenta, era exactamente la expresión silenciosa, turbada, perpleja, que siempre había observado en las caras de los caballos y bueyes que criábamos en el mundo viejo.

\* \* \*

¡Qué extraño!, ¡qué opacas y semejantes eran todas las caras a mi alrededor! Y, ¿dónde está mi guía?, y ¿por qué estoy sentado en la acera? Y ¡escucho!-, seguramente es la voz de MRS. Biggles, mi antigua casera. ¿También ella ha estado durmiendo mil años?, dice que son las doce –¿solo las doce?, y ¿no me van a lavar hasta las cuatro y media? y me encuentro tan sofocado y sudoroso, y me duele la cabeza. Ya sé por qué, ¡estoy en la cama! Todo ha sido un sueño.

Y estoy de vuelta en el siglo XIX.

A través de la ventana abierta, oigo el fluir y rugir de la batalla de la antigua vida. Los hombres luchan, se esfuerzan, modelando cada uno su vida con la espada de su fuerza y voluntad. Los hombres ríen, se lamentan, aman, hacen cosas malas, hazañas, caen, luchan, se ayudan entre sí y viven.

Y yo tengo que hacer hoy mucho más de tres horas de trabajo y pensaba haberme levantado a las siete. Me gustaría no haber fumado tantos puros fuertes la noche pasada.

– FIN –

